

## TEXTO 1

En cierta ocasión, encontrándome en el pórtico de la Facultad de Letras, en la Sorbona, quise subir a la biblioteca; necesitaba ver determinado libro; no era más que un minuto; conocía la página que tenía que ver; sabía hasta las líneas del pasaje en cuestión; pero no estaba seguro de algunas palabras que yo había de citar. En la biblioteca de la Facultad de Letras se entra solo con previa autorización. Pero si yo hacía valer mi calidad de académico, académico español, y si añadía que se trataba solo de un minuto, nada más que de un minuto, ¿qué inconveniente habría en dejarme consultar un libro? Subí con cierto temor; abrí la puerta y avancé; el silencio era profundo; sobre los pupitres se inclinaban algunos lectores, no muchos. En el fondo, sobre un estrado y detrás de un mostrador circular, se hallaba una señorita. Hice como pude mi presentación. Encontré desde el primer instante una rotunda negativa; saqué mi tarjeta, la entregué y añadí que yo era miembro de la Academia Española; presumía yo, en mi ufanía, que, estando alguno de mis libros de texto para aprender el castellano en los establecimientos pedagógicos de Francia, sería conocido; no era absurda la conjetura, tratándose de la biblioteca de la Facultad de Letras. La fría indiferencia del comienzo llevaba camino, en vez de edulcorarse, de convertirse en desabrimiento. Alegué casi en súplica flébil\* que solo un momento, nada más que un momento necesitaba yo para compulsar el libro ansiado. Y la señorita del mostrador, cumpliendo con su deber estricto, precisa reconocerlo, no se ablandó a mis ruegos. Con la cabeza baja, descendí a mi banco del zaguán\*\*; un banco que, en efectividad, ya era mío, puesto que tantas y tantas veces me había sentado en él y me había entregado a mis cavilaciones.

José Martínez Ruiz “Azorín”, París, 1945.

\* Triste, llorosa.

\*\*Espacio cubierto que sirve de entrada a una casa.

## TEXTO 2

Quizá haya sido siempre así, un mundo lleno de personas que creen que sus propias opiniones e intereses son más importantes que las de los demás, pero a día de hoy en estos lugares nuestros, el egocentrismo es uno de los rasgos más evidentes y peligrosos de lo que hemos ido construyendo, de un desarrollo humanamente equivocado. Una persona egocéntrica, dicen los psicólogos, es aquella que no puede “ponerse en los zapatos de los demás (quitándose primero los de él mismo)”. Y cree que todos deben buscar lo que él busca, porque lo que él ve, de alguna manera, excede lo que otros ven. ¡Qué desastre! Es desastroso porque es idiota y genera un mundo de idiotas. Nadie ni lo de nadie es más importante que lo de los demás. Todos tenemos derecho a pelear por nuestros deseos, pero si vamos pisando los deseos del prójimo, de nada valdrá conseguirlos. En esta vida vamos en el mismo barco, apenas lograríamos sobrevivir unos días sin los otros. Moriríamos de hambre, de inanición material y afectiva. Sin embargo, no nos damos cuenta. El ego hipertrófico nos hace actuar como héroes de pacotilla. Lo mío es lo mejor, lo único, lo más importante; todos tienen que darse cuenta de eso. De manera que si el ego nos dicta esa sentencia trataremos a los otros como esclavos. Pero, amigos, los esclavos terminan rebelándose y el ego se queda herido y más solo que la una. Nadie es más que nadie. A veces, a unos les toca llevar la mayor responsabilidad en una actividad, en una circunstancia, y entonces los demás deberán ponerse a disposición de ese, otras veces le tocará a otro. Solo asumiendo que la vida funciona así, que cada uno es importante en un momento o cosa diferente, podremos dejar el ego de lado y trabajar por un mundo mejor para todos. Los niños pequeños son egocéntricos porque no tienen todavía la suficiente habilidad mental para entender que otras personas puedan tener diferentes opiniones y creencias. Un adulto egocéntrico es una lacra social, un idiota.

### TEXTO 3

En mi ciudad\*, en los escaparates de las papelerías, solía quedarme mirando las cubiertas de unos pocos libros que permanecían meses en el mismo lugar invariable, entre cuadernos, pisapapeles, álbumes de comunión, estuches de lápices de colores. En algunos de aquellos escaparates los colores de las portadas se habían ido amortiguando según pasaba el tiempo. En un solo puesto de la feria de Madrid\*\* había tantos libros que uno podía estarse horas enteras mirando sin haberlos visto todos. No recuerdo si vi a algún escritor, aunque no creo que hubiera reconocido a ninguno. Los escritores a los que yo leía —Julio Verne, Dumas, Gustavo Adolfo Bécquer— llevaban muertos mucho tiempo, de modo que tal vez no acababa de imaginarme que la literatura fuese un oficio que alguien pudiera ejercer en el tiempo presente. Yo a veces me imaginaba escritor, pero menos por vocación que por fantasía caprichosa, igual que me imaginaba astronauta o corresponsal de guerra o naufrago en una isla desierta. Como un niño solo en el edificio entero de una juguetería, me maree entre los libros, el calor y la gente, mirando precios, contando el poco dinero que llevaba, con mucha cautela, porque me habían advertido que Madrid era una ciudad llena de carteristas. Absurdamente me acabe comprando el Martín Fierro y una historia de la Mafia. Volvía tan tarde a la pensión que mis abuelos ya temían que me hubiera perdido, que me hubiera pasado algo en aquella ciudad que, en el fondo, nos daba tanto miedo.

Antonio Muñoz Molina, “En la feria”, El País, Babelia, 22 de mayo de 2010

### TEXTO 4

Un anciano cuenta a los sesenta años, a los sesenta y cinco, a los setenta, con una larga experiencia. Lo que no ha ido viendo a lo largo de la vida no se puede aprender en los libros. Sólo el dolor y el placer vividos dan al ser humano una sabiduría profunda, íntima. En la senectud, este hombre a que nos referimos hipotéticamente, conserva una curiosidad insaciable. Lee cuantos libros lo merecen. Asiste a congresos y asociaciones humanas. Viaja. Conversa con gentes elevadas y con hombres humildes. Se complace en la plática de los eruditos y de los labriegos u oficiales mecánicos. Han pasado los años, y en su espíritu, a pesar de la dolorosa experiencia, hay un candor que le hace ser, en cierto modo, niño. Lo singular de esta psicología es que, siendo viejo, él se siente joven. Se contempla en el espejo y ve su faz arada por la arruga indiscreta. Se pone a pasear y cubre menos terreno que hace diez años. Lee y no puede continuar la lectura más allá de cierto tiempo. Y, sin embargo, él se siente joven. Este anciano, por su espíritu y por su sensibilidad, no se considera separado de las nuevas generaciones. A veces, en los momentos de meditación, él se complace en evocar los viejos de su tiempo. Ve ahora las caras y figuras todas de tales o cuales ancianos de su época. Él era un niño -tendría ocho o diez años- y ellos tenían cincuenta o sesenta.

Y en este punto, al determinar mentalmente la edad de esas personas pretéritas, no puede, en verdad, precisarla. Para que un hombre fuera viejo, cuando él lo veía como tal viejo, ¿qué edad se necesitaría? Lo indudable es que la cualidad de “respetable” entraba por mucho en la sensación que de la senectud tenía ese niño. Sus maestros, sus deudos, los amigos de sus deudos, los hombres eminentes que veía retratados en los periódicos -y alguna vez en la calle- tenían para él respetabilidad. Y ahora él, para los jóvenes, para los que le contemplaban desde los diez, quince o veinte años, ¿es realmente respetable? ¿Es él como aquellos señores a quienes veía en su niñez y en su adolescencia? Se resiste a creerlo. Todo, físicamente, le dice que sí. Y todo, espiritualmente, le dice que no. Entonces -prosigue pensando-, ¿es que se ha roto en mí una ley humana? ¿Es que soy yo una excepción psicológica entre los hombres? No hay tal excepción. El anciano a que aludimos es tan respetable, tan imponente, tan serio como eran los de antaño. Afortunadamente, él no lo nota. Su espíritu es realmente joven y el anciano vive rodeado de un ambiente dichosamente ficticio. La ilusión no se la podrá quitar nadie. Todo irá desvaneciéndose en el tiempo, y él conservará una partícula de juventud indestructible.

Azorín, *Trasuntos de España*